

Rafael Cabanillas Saldaña

EN LA RAYA
DEL INFINITO

Quercus

editorial



cuarto
centenario

De la edición © Editorial Cuarto Centenario

De los textos © Rafael Cabanillas Saldaña
rafaelcipt@gmail.com

Foto portada Cedida por Antonio Real

Edición: Editorial Cuarto Centenario

Diseño y Maquetación: IMP Comunicación

Impresión: AGSM Artes Gráficas

ISBN: 978-84-120233-2-9

Depósito legal: TO 510-2019

Editorial Cuarto Centenario: C/ Laurel Real, 6 (Valparaíso) 45080 - Toledo
www.cuartocentenario.es

Impreso en España - Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Luz de otoño	7
Abel Mejía	13
El arpón de jara	21
El pozo de las alimaña	27
El tablar de las ovas	33
Lumbre de besos	53
Ezequiel	61
Guadamajud	81
Diógenes Acero	71
Valdelagua	95
El Cercón y la Hidra	111
Don Casto	123
Marco Polo y el Mar de jaras	137
El Collado de la Milana	157
El Palacio de Valdeniebla	167
Jana	175
Lucía y la locura	189
Los lazos	205
Melquíades	213
Peste negra	221
Al rececho por Majalaburras	231
El día en que mi amada Venecia se hunda	241
Candelaria y la desnudez blanca	251
El calabuezo y la estepa	257
El guarda de la Morra del Mulero.....	263
En la linde del horizonte.....	281
El Ciervo	289
La escopeta de Heraclio	299
Arcadio y el cuco	305
La habitación del espejo	313
Navalagrulla	327
“Esperanza, araña negra del atardecer”	337

A Francisco del Valle Delegido,
el último Quijote
loco de amor por los libros.

Luz de otoño

El otoño es una especie de primavera invertida, una primavera en extinción, que nunca quiere marcharse. Aunque sea la luz del alba y del crepúsculo, con el silencio que los acompaña, los que delaten su queja callada. Su mutismo de pájaros, su desahucio de alas. Otoño de luz que pare otros colores: rojos, castaños, granates. Cuando la clorofila de las venas se apaga y el verde se tiñe de sangre. Rojas granadas que revientan de púrpura y sangre. Con los quejigos soñando en amarillo y los rebollos en caducas hojas anaranjadas. Otoño de lenguas con mordaza y potros maniatados en la madrugada.

Probablemente, cuando leas estas palabras, el otoño estará ya ofreciendo su peor cara. La de vestíbulo del invierno, con sus días cortos que se escapan entre los dedos como se escapa el agua, oscuros y cerrados, sin postigos ni ventanas. Días de espera hacia otra primavera –ilusiones de espuma, anhelos de niebla, humo de esperanza–, en los que no se espera ya nada. Tan solo que el reloj devore las horas con la persistencia que el viento y las olas golpean las rocas y la lluvia tintinea en los cristales de nuestras vidas y nuestras almas. Pero antes de que llegue el bajonazo traicionero de temperaturas, esa cuchillada fría de hoja de guadaña, habremos vivido los días más claros y resplandecientes del año. La belleza de

la luz de estos días otoñales es única e incomparable. Me refiero a esa luz que encadena e hilvana los estertores del verano con el nacimiento del otoño. En verano la luz es perpendicular y abrasa los colores, en otoño es rasante y los acaricia y besa. Una luz de sol que querría ser cegadora y refulgente, pero que ya no puede serlo porque le fallan las fuerzas que quemó el estío. Y en ese cansancio, en esa entrega humilde de derrota –como un suspiro– se filtra y tamiza su belleza más efímera. Tan solo unos días, en ocasiones unas horas. La hermosura de lo efímero. Quizás por eso, la historia que vengo a contarte echa a andar una de esas tardes otoñales. Tenía que relatarla antes de que el invierno lo apague y ennegrezca todo, y con su oscuridad de lluvia, nubes y frío se oxiden mis recuerdos y la herrumbre de zarzas y ortigas alimente y colonice los muros de amnesia de mi memoria. Mejor iniciar sin dilación el conjuro, para que obre el milagro que dé a luz colores y palabras antes de que el dios Cronos –Saturno romano, devorador de ocasos de sol y alboradas– engulla las palabras igual que se zampa a sus propios hijos en la caverna invernal de su garganta. ¡Bello equinoccio de otoño que igualas las noches a los días, como se iguala el amor y el odio, la muerte y la vida!

Vengo, como digo, a contar la historia de Abel Mejía Romero. Nombre bíblico y poco usual en estos tiempos modernos, pero bien aceptado por la herencia familiar, pues Abel se llamaba el padre y también el abuelo. Y, de no haberlo aceptado, poco más habría obtenido como heredero.

Cuentan en secreto que Abel nieto llegó río arriba huyendo de la guerra. De las represalias de la guerra. Vadeando el agua somera y el profundo miedo, desde cerca de la desembocadura del mar, conducido por el instinto animal que lo llevaba al norte imantado de las sierras. Remontando unos cientos de kilómetros, siguiendo la brújula de la fuga del horror y el odio. Llegó siendo un muchacho, con lo puesto. Salvo un hatillo en forma de zurrón con cuatro *achiperres*: una navaja, un mechero de yesca, una cantimplora, un cazo, un juego de agujas, alambres, tijera y leznas metidos en una cajita de latón, unas cuerdas, un abrigo raído y una manta vieja.

En el hato, envuelto y atado cuidadosamente en una tela de arpillera, traía también un rollo de papeles, recortes de periódico y hojas manuscritas. Un mozalbete de tez clara, espigado y fibroso, que rondaría los dieciséis años. Y que no se dejó ver en un largo tiempo, demasiado tiempo, escondiéndose en una cueva del monte, por la desconfianza y el desasosiego que traía cosido a sus espaldas. Allá en lo más alto. Sin luz ni fuego que lo delataran. Igual que una alimaña. Bajando de noche a por agua al río y a echar una especie de nasa, que él llamaba garlito, que se había fabricado con juncos y mimbres y que lo proveía de peces, cangrejos y ranas. El resto, trampas para la carne de caza: conejos, perdices y liebres. Que estas, según cuentan, proliferaron mucho en la guerra porque se alimentaban de los muertos de los campos de concentración y de las cunetas. Las liebres son carnívoras, o puede que se volvieran locas con la deflagración de las bombas, sus ondas expansivas y el retumbar de la tierra. O con la deflagración del odio, que es mucho más dañino que cualquier bomba. Para la carne montuna, Abel echaba los lazos a cervatillos y corzos, también a algún jabato; y a garduñas, gatos monteses y tejones cuando escaseaban los primeros. Que hasta en la sierra, por alta y quebrada que esta fuera, se hacían notar las carencias de los llamados “años del hambre”, de aquella cruenta y criminal postguerra de dolor y miseria. Acabada la refriega, acabadas las liebres. Aunque esto no lo supiera Abel, de puro pánico que tenía. Pues ni siquiera se enteró de que había acabado la contienda, razón por la que no pudo adivinar que las liebres escaseaban porque la carne de los cadáveres de campos y carreteras se la había tragado –deshecha ya– la madre tierra. Quedaban los huesos y las calaveras, la mayoría agujereadas en la parte trasera; y el silencio para que las bocas no hablaran y, eternamente, como sus muertos, enmudecieran. Alguna noche oscura, cuando la soledad le atracaba las entrañas con su puñalada traperera y ya no resistía más, se echaba sierra abajo, por valles y *riscaleras*, y se acercaba al pueblo solo por ver sus cuatro luces mortecinas que, sin embargo, por débiles y agónicas que fueran, suponían las únicas señales de vida. Por entonces no había llegado el progreso al pueblo –un humilde pueblo

encajonado entre sierras— y aún no había luz eléctrica. La gente se refugiaba en sus casas al anochecer y encendían una lámpara de carburo, un candil de aceite o una vela. La luz flameaba débilmente a través de los cristales y Abel observaba extasiado el juego mágico de sombras chinescas del interior, apenas perceptibles, claroscuros de figuras humanas, hombres, mujeres y niños que se hermanaban con él ante la inmensidad de la noche oscura, de su soledad y su tristeza. Sin una farola que cobijara los miedos, a la calle no salía ni un alma. Mucho menos si soplabla el norte que traía la ventisca y la nevada. Entonces Abel corría por las calles como un espectro, un fantasma único dueño del pueblo, el superviviente de la noche, huyendo de los ladridos asustados de los perros, de su vacío y su encierro. De regreso a su madriguera, tras horas por escarpadas y veredas, se echaba entre la manta y las pieles de las presas que iba cosechando y dormía hasta que el sol tintaba de rojo las sierras. Cinco años sobrevivió en aquel cubil que se adentraba en una descomunal pared granítica, de tan difícil y abrupto acceso, que nadie osó aproximarse. Mucho menos adentrarse en su cueva por el peligro a precipitarse al barranco de piedra. Peligro que el joven Abel sorteaba ya, incluso en las noches más negras, como si anduviera por su propia acera. Los más cercanos que rondaron su cueva fueron los pastores de cabras que con los ecos de sus esquilas alertaban al muchacho para resguardarse de su presencia. Igual que sintió en plena noche, cuando el aullido del lobo quebraba el silencio de las vaguadas, los pasos por las pedrizas, el romper de jaras y brezos, de algún cazador furtivo que cargaba a sus espaldas alguna pieza. Nunca encendió fuego ni echó mano de leña. Las presas que cazaba, cada vez con más destreza, fueran de agua o de tierra, eran desolladas y abiertas en canal. Si eran peces, los plantaba contra la roca, rajados en dos, y dejaba que el sol en verano o el frío del invierno hicieran su trabajo de desecación. De la carne de caza sacaba tiras y más tiras que colgaba igualmente al sol hasta que se convertían, condimentados con romeros y tomillos, en tasajos duros y comestibles. El resto sobrante era enterrado en un agujero que tapaba con una loseta. Madroños, bayas, moras, setas,

raíces y tubérculos iban completando su dieta según avanzaban las estaciones, del verano al otoño, del invierno a la primavera. Pues cada estación traía su cosecha. Cuando algo le sentaba mal — medio envenenado por algún pescado o carne en descomposición— y vomitaba entre arcadas que parecían echarle las tripas fuera, aprendió de las bondades de las hierbas. Como un perro las come para purgarse, él rebuscaba las briznas de hierba y se las comía para limpiar su estómago. En cierta ocasión, vio desde un risco cómo lo hacía también un lobo: comer hierbas para purgarse. Quizás los perros lo comían por eso, como una herencia atávica de sus ancestros los lobos. Igual que ahora lo hacía Abel, convertido en una especie de lobežno. Había en la misma roca de la cueva una pequeña hendidura que Abel nieto rellenaba de agua, viaje tras viaje de su cantimplora y de varios cuencos que había fabricado con corcha, que saciaban su sed y aderezaban su higiene precaria y descuidada. Cortarse el pelo y las uñas, de los pies y las manos, que de sucias y negras parecían zarpas. Pues al año, no le quedó otra opción que dar un tajo a la puntera de las botas con las que remontara el río, ya que los pies no le cabían. Es lo que tiene el crecimiento. Por eso los dedos le sobresalían, negros, desollados y llenos de cortes y heridas. Meses más tarde, tuvo que fabricarse con las pieles —alambre, cuerdas y lezna—, una especie de albarcas para poder caminar sobre aquellos guijarros y espinares. Como tuvo que ir recomponiendo la ropa según su cuerpo aumentaba de tamaño, llenándola de parches y remiendos de difícil hechura. Si el viento le era favorable, Dios lo quisiera, le llegaba de la lejanía casi imperceptible el olor a humo de alguna lumbre o chimenea, que el joven olisqueaba como un animal en celo, reconociendo en el arte atávico del fuego la posibilidad de compañía de algún congénere de su especie. En verano, aunque la cueva fuera fresca, echaba en el recipiente de corcha, lleno de agua, algún manojo de hierbas secas: romero, lavanda, manzanillas, té de roca, tomillos y menta fresca. Las dejaba unas horas en remojo, filtraba el caldo en una especie de olla, por llamarlo de alguna manera, de mimbrera untada de manteca que se había fabricado, y se lo bebía. Algunas de estas plantas las conocía bien del arroyo de su pueblo, cuando iba por allí a cazar ratas de agua y

topos, tal y como le había enseñado su abuelo; con otras se aplicaba el método científico de ensayo y error. Cuando una amargaba – ¡la manzanilla amarga no hay quien la beba!– o le daba diarrea, ya sabía que esa hierba no era buena. Así de sencillo y de práctico. Y suerte que conocía la venenosa cicuta de la ribera, que, de no saberlo, podría haberle matado. Salvado de la guerra y muerto por el caldo de la raíz de una mala hierba. Era un muchacho de compleción atlética, nervudo y lleno de rabia y de fuerza, aunque, primero los años de la guerra y ahora este abandono huraño y montés, le tenían mermado y encogido, en camino hacia una delgadez ascética. Con una barba rala que comenzaba a asomar por su mandíbula. Como un viejo prematuro perdido en la inmensidad de aquella selva. El joven Abel era un náufrago, un Robinson Crusoe, en un mar de bosques y peñas. Valles y más valles de quejigos, alcornoques, madroños y encinas que exhalaban al amanecer nubes plateadas de niebla. La soledad es buen antídoto para los ocupados del mundo, un bálsamo que calma y ayuda a encontrarse a uno mismo. A preguntarse todos los porqués. Pero si la soledad es sin remedio y sin cura, si consigue atraparte y hacerse contigo como un parásito que habita tu cuerpo, entonces se mete lentamente en tu cerebro y en tu corazón, te contagia, se infecta por dentro y te mata de dolor y tristeza. Así se sentía Abel con el paso de los días, sin encontrar una salida y sin haber ahuyentado sus miedos, sus recuerdos y su desdicha. En la jerga de esas sierras le habrían dicho que estaba *aciscao*. Mirando ese fondo del desfiladero que, a ratos, lo llamaba con el eco de su propia voz interior para acabar de una vez con su sufrimiento. Quizás lo salvó su juventud y su fortaleza. ¡Abel, una vida que comienza, no puede acabar de esa manera! Se lo decía a sí mismo cada noche, tumbado en la roca y mirando la bóveda celeste cuajada de millones de estrellas. Un universo imposible de comprender desde la pequeñez insignificante de su mente humana. Apenas un granito de arena en el desierto cósmico de las galaxias. Insignificante y minúsculo, trivial, pero dotado de sueños. De deseos como los que él pedía permanentemente al paso vertiginoso de las fugaces estrellas. Lo peor no es no saber adónde ir; lo peor, que duda cabe, es no saber adónde volver.

Abel Mejía

● Pero de dónde le nacía a Abel el miedo? ¿Qué recuerdos fantasmales le habían hecho recluirse de la gente y el mundo en esa huida tan desesperada? Su padre era comunista. Se llamaba Abel Mejía Cornejo, por si los libros de historia recogieran su nombre y sus apellidos. Porque su apodo, “el Jaro”, no tendría “pa los intelectuales”, como diría él, “suficiente enjundia pa salir en los papeles”. Había sido uno de los promotores de la huelga de campesinos del año 34, en la que se reclamaba la libertad de los presos, el desarme de la Guardia Civil, la reforma agraria, la prohibición del trabajo a destajo y la expropiación de los latifundios. Siempre bajo el lema: La tierra para el que la trabaja. Además de comunista, pertenecía al Sindicato Autónomo de Campesinos. Su ideario era bien sencillo: “Ni un niño más muerto de hambre, mientras los ricos ceban los cerdos con las sobras de sus manjares”. Su beligerancia y su verbo lo llevaron en repetidas ocasiones a la cárcel: – ¡Nos comerán los piojos y las chinches y aquí no protestará ni Dios! ¡Matarán a nuestros hijos, arrastrarán a nuestras mujeres de los pelos y seguiremos arrodillados ante los poderosos! ¡Nos mearán encima y diremos que está lloviendo! – Su hijo Abel, que por entonces rondaba los once años, oyó cómo los Guardias de

Asalto aporreaban la puerta de su casa de noche y se llevaban a su padre maniatado. Preso, tras registrar la humilde habitación donde dormían, un tanto revueltos, su hermana Candela, él mismo y su madre, de nombre Antolina. Al encontrar debajo del colchón un manojo de pasquines clandestinos que llamaban a la revolución. Su padre, aunque aparentaba brutalidad, era de los pocos vecinos que sabían leer y escribir. Su mayor orgullo, precisamente, el haber enseñado a sus dos hijos y a su mujer las letras y las cuatro reglas, a la luz de un candil en la cocina junto a la mísera chimenea. Pues por aquellos andurriales no había ni maestro ni escuela. Dos años más tarde, cuando estalló la Guerra Civil, Abel Mejía Cornejo, alias el Jaro, fue el primero en alistarse en el frente, abandonando a su familia para luchar por sus ideales e intentar que la causa fascista no prosperase. Tras el alzamiento de los militares golpistas que dominaban el norte y el sur, la tierra donde vivía la familia de Abel era crucial y estratégica, pues su derrota suponía unir los dos frentes del ejército sublevado. Además de esa razón, había otros componentes ideológicos de peso: acabar con esa canalla de campesinos revolucionarios que ya se estaban repartiendo por ley la mitad de las tierras de las fincas expropiadas para su cultivo. Había que dar ejemplo a esos labriegos. Labriegos que no se quedaron de brazos cruzados y que en los primeros días de la contienda llevaron a cabo algunas acciones salvajes e insurrectas, errores tácticos por no saber de la venganza que los esperaba. La más atrevida y sanguinaria, la de encerrar en la iglesia a cincuenta y seis personas —el cura y el sacristán, encargados de fincas, usureros del estraperlo, caciques y beatones del pueblo— y prenderle fuego. Doce personas perecieron, ocho de ellas abrasadas. Expropiaciones e iglesias quemadas eran los mejores argumentos, la mejor mecha para la pólvora de la sangre y la venganza. Dale al odio razones, dale navajas al odio viscoso y añejo, y verás correr los regueros de sangre por los albañales. Cuando entraron al pueblo las tropas sublevadas mataron a ciento veinte vecinos. Venganza sanguina multiplicada por diez. El Jaro, uno de los cabecillas de la revuelta, escapó no se sabe muy bien por dónde. Seguidamente, en la capital, ejecutaron a más

de tres mil personas, convirtiendo la plaza de toros en una verdadera carnicería. Eso es lo que Abel padre les contó, pues de esta matanza también consiguió librarse milagrosamente. Regresó a los dos meses de su partida, de manera secreta, para despedirse definitivamente de su familia, pues encaminaba sus pasos al frente de guerra. En esa visita del oprobio y la pena, les relató detalladamente los sucesos de la matanza. Los soldados, en su mayoría legionarios y mercenarios moros traídos de África, habían entrado a la capital disparando indiscriminadamente a hombres, mujeres y niños. Posteriormente, los apresados fueron conducidos a la plaza de toros, donde habían instalado unos potentes focos que iluminaban la arena, como si prepararan un espectáculo nocturno. Todo se produjo en una sola noche y en una mañana. De un solo tajo fusilaron a miles de personas. Tantas, que la población de la ciudad quedó mermada en un diez por ciento. Ya lo había dicho uno de los máximos generales golpistas, quizás el más cruento y temerario: “Pronto conocerán mi sistema: por cada uno de orden que caiga, yo mataré a diez extremistas por lo menos, y a los dirigentes que huyan, no crean que se librarán con ello: les sacaré de debajo de la tierra si hace falta, y si están muertos los volveré a matar.” Aunque en este caso, evidentemente, se les fueron las manos y las cuentas. En el número de muertos y en la crueldad impuesta. El padre les contó, casi susurrando del pavor que le producía pronunciar esas palabras, que habían convertido los fusilamientos en un espectáculo al que acudió el público que, sentado en las gradas, vitoreaba las muertes. Que algunos prisioneros, atados con traillas como se acollaran por parejas los perros, fueron toreados, banderilleados y mutilados hasta recibir la mortal puntilla como un alivio a aquel abominable martirio taurino. Salían de los toriles en grupo, alineados como los soldados en un desfile. —Los mataban, nos mataban— profirió su padre —de veinte en veinte. Primero un paseillo por el ruedo, soportando el vocerío de las gradas. Después nos colocaron frente a una ametralladora. En ese momento único de espanto y horror, unos gritaban puño en alto, otros lloraban, a algunos se le aflojaban las tripas y de pie se